

MADERA VIEJA

Ignacio Morán

MADERA VIEJA

ÁLTERA

EDICIONES

Primera edición: noviembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ignacio Morán

ISBN: 978-84-120799-6-8

ISBN digital: 978-84-120799-7-5

Depósito legal: M-33376-2019

Ediciones Áltera

C/Marcenado 14

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A todas las mujeres de España, porque un día,
en un país arruinado y abandonado a su suerte,
tuvieron el coraje de levantar los ojos
y soñar un futuro en el que nadie creía.*

Es un error grave y de los más perjudiciales, inculcar a la mujer que su misión única es la de esposa y madre. Lo primero que necesita la mujer es afirmar su personalidad, independientemente de su estado, y persuadirse de que, soltera, casada o viuda, tiene derechos que cumplir, derechos que reclamar, dignidad que no depende de nadie, un trabajo que realizar... La educación de las mujeres hasta aquí podría llamarse, sin mucha violencia: Arte de perder el tiempo.

CONCEPCIÓN ARENAL

(1820-1893)

Abogada, socióloga y activista social

Las mujeres nunca descubren nada; les falta, desde luego, el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles. Nosotras no podemos hacer nada más que interpretar, mejor o peor, lo que los hombres nos dan hecho... Tenemos que tener detrás de nosotras toda la fuerza y decisión del hombre para sentirnos más seguras, y a cambio de esto les ofreceremos la abnegación de nuestros servicios y el no ser nunca motivo de discordia.

PILAR PRIMO DE RIVERA
(1907-1991)

Presidenta de la Sección Femenina Española

NOTA DEL AUTOR

Todos los personajes que aparecen en esta novela son, exclusivamente, fruto de mi imaginación. En nada pueden relacionarse con personas reales. Por el contrario, la cotidianeidad y las situaciones en las que se mueven por este libro, entran dentro de la más cruda realidad de aquellos años.

PALABRAS PRELIMINARES

La pérdida de respeto institucional a las mujeres, la vuelta a posiciones de humillación social o la degradación efectiva de sus derechos civiles son baldones que el Régimen de Franco nunca podrá sacudirse.

La dictadura impuso a las españolas unas «misiones patrióticas» durísimas: olvidar los avances históricos en derechos individuales y sociales alcanzados en la República, asumir la función reproductora como eje de su existencia, la responsabilidad exclusiva de atender y educar a los hijos, la dedicación abnegada a los trabajos domésticos, la exigencia de comportarse como una compañera sumisa en el matrimonio... y todo bajo la estrecha tutela de un marido-propietario.

Consumado el Alzamiento, el estatus de la mujer fue siempre una cuestión de Estado y pronto quedó ampliamente recogido en la nueva legislación: el Fuero del Trabajo llama «...a libertar a la mujer casada del taller y de la fábrica», desde la Dirección General de Educación se declara que «... ha de alejarse a la mujer de la Universidad, porque el sitio de la mujer ha de estar en el hogar», se impide el acceso a cargos de la judicatura, la política, la cirugía, a los puestos de alta dirección... «Para no exponer la ternura, la delicadeza y la sensibilidad a las que ninguna mujer debe renunciar», un inspector de Educación de relevancia

institucional escribe que «...para las niñas españolas es más importante saber guisar unas patatas de varias formas que conocer mucha geometría».

Con el tiempo se irá modulando la belicosidad inicial hacia la dignidad de las mujeres pero, durante décadas, permanecerá la ignominia de algunas ideas fuertes: la preeminencia masculina en las relaciones personales, un modelo de familia único e incuestionable, la suprema misión de la maternidad, la protección jurídica de la moral católica en las relaciones de pareja... Más tarde, el influyente Secretario General del Movimiento expone: «La mujer española, partiendo de sus virtudes, unas veces ha de entregarse con abnegación al hogar, al cuidado y al amor de la familia y otras, se sublima en el esfuerzo por levantar las cargas de la casa o prestar su cooperación valiosa a la comunidad nacional mediante el trabajo fuera de casa». Con estas palabras, don Fernando Herrero Tejedor, viene a resumir una realidad cambiante y, de alguna forma, a justificar la necesidad de fomentar la incorporación de las mujeres al mercado laboral para sustituir a los millones de hombres que salen de España para trabajar en el extranjero.

En los últimos años del cesarismo de Franco se precipitan los cambios legales: así lo exige la nueva realidad productiva y sociológica, la renovación de la iglesia que impone el Concilio Vaticano II, la permeabilidad y el desarrollo de las comunicaciones del país o la llegada masiva de turistas a nuestro litoral.

Muerto el Generalísimo, los agentes sociales y políticos pactan un paréntesis en el que queda aprisionada e impune la negritud de más de cuarenta años: ¡Para ganar el futuro hay que olvidar el pasado! Una exigencia que, vista con la perspectiva de hoy, puede que no fuera justa ni siquiera la mejor de las soluciones, pero los grandes interrogantes y la esperanza

cierta de un futuro en democracia animan a orillar cualquier problema que dificulte el trago de transigir con la afrenta de aquel olvido.

Madera vieja pretende un reconocimiento a las mujeres que se dejaron la vida en sacar adelante a los suyos, muchas veces, en las condiciones más penosas que uno pueda imaginar. Para ello, sus personajes se adentran con firmeza en los rincones más recónditos de ese paréntesis y en la cotidianeidad de unos dramas que, a la vista está, sólo han estado aislados temporalmente al escrutinio de la gente.

La historia arranca en los primeros años del siglo XX: la arrebatadora concienciación ideológica de las masas obreras, el cinturón de miseria que abraza las ciudades, la represión de un ejército decadente e incapaz de hacer valer los intereses de España en América y el norte de África, la ilusión colectiva de las elecciones del treinta y uno, el espejismo de la Segunda República... un amanecer a la justicia social frustrado por la intolerancia y la bisonería de unos dirigentes que lo fiaron todo al valor supremo de la democracia participativa: un error de bulto que no ha podido justificarse. Y termina en el umbral de la llamada Transición Democrática.

Antonina de la Huerga, la protagonista de este relato, está vacunada contra el activismo político por la tragedia familiar, imposibilitada para dejarse seducir por algo que no sean sus propios intereses... sólo el deseo de progresar en el conocimiento de las letras y las artes (legado indeleble que le deja la Institución Libre de Enseñanza) la mantiene a salvo de la desesperanza. La degradación que vive la sociedad rural, la dureza de todas las censuras, la represión política y sindical, las infraestructuras arruinadas, las elevadas tasas de analfabetismo, las huelgas obreras de las Vascongadas y Cataluña,

las protestas estudiantiles, la arbitrariedad y la doble moral, el abismo de las diferencias sociales... son cosas que siente dolorosamente pero no las considera de su incumbencia. Antonina es una víctima más del fanatismo de aquellos años: herida en lo más hondo, sin familia biológica, forzada a una orfandad dulce, a olvidar su proyecto de vida, a transitar los tenebrosos caminos de la especulación y el estraperlo... Junto a su madre adoptiva, construye una vida de éxito lejos de la élite política empeñada en cimentar un país imposible.

Madera vieja asume la esencia del rigor histórico pero se maneja, permanentemente, en el terreno de la fabulación. Es un relato intenso que se adentra, sin demasiada hiel, en los paisajes más hostiles de nuestra historia reciente y en el barro de la política que se conduce por caminos de una moralidad que repugna el diálogo y la participación.

Para concluir estas palabras introductorias, anotar la riqueza de los personajes que habitan esta novela: por encima de todas las dificultades y oprobios, son madera vieja de un ruralismo lorquiano que se alza como identidad de un país en el que la influencia de la mujer siempre ha sido decisiva.

EL AUTOR

1

Antonina de la Huerga daba por seguro que nació en las navidades de mil novecientos diecisiete en algún lugar del camino que va desde La Bañeza a Veguellina, aunque jamás tuvo noticia más concreta de aquella circunstancia. La única certeza era la constatación de que sus padres la inscribieron en el juzgado de la capital del Órbigo.

En el año veinticuatro ya estaba alojada en el mesón que regentaba Paulina Cano, viuda de Anselmo Aparicio, y aquella matrona castellana de pañuelo en la cabeza y luto permanente estaba en todos sus recuerdos; a ella debía las cuatro vaguedades que había conseguido hilar de los primeros años de su vida.

—Fueron unos años muy criminales hija mía, especialmente en el invierno cuando la gente no tenía de nada. Tu padre llegó a esta casa en los primeros días del veinticuatro contigo fajada a la espalda, una vara de negrillo en la mano izquierda y una pequeña maleta de madera con salva esquinas de hojalata en la otra. Eras como una pequeña ardilla que asomaba la cara llena de mocos por entre los pliegues del fajero, con unos ojillos temerosos y una mata de pelo desgredado y sucio. Enseguida te metí en un barreño de agua tibia y, después de varias jabonaduras y comer un puchero de gachas, dormiste un día entero.

—De esa época no me acuerdo de nada, sólo sé lo que me dicen pero hasta ahí no me alcanza la memoria.

—En esa llegada, casi al amanecer, fue de las pocas veces que tu padre se avino a contarme algo de su vida. Lo hizo frente a la lumbre, con poco entusiasmo y la vista perdida entre las llamas: me dijo que era originario de un caserío de la Valduerna o de la Valderia y que marchó siendo un muchacho a trabajar en las obras del tren que se hacían en Cataluña. Al parecer, le pagaron su buen dinero por alistarse en la guerra de Melilla, un conflicto que libramos en África para defender minas e intereses de los Güell y otras muchas familias ricas; pero aquello no fue bien y las cabilas rifeñas hicieron una carnicería con los chicos españoles. Cuando tu padre volvió a Barcelona ya no era el mismo hombre, había perdido ese punto de miedo que hace controlarse a las personas y la rabia contra un mundo que le maltrataba encontró cauce en el socialismo o en el anarquismo. Por razones que desconozco, algunos años después, volvió a su tierra con tu madre encinta de ti y dispuestos a ganarse la vida en los linajes que se alzaban en las vegas del Órbigo. Tú mamá era catalana o aragonesa, pero murió de fiebres puerperales y quedaste acogida a la caridad de un hospicio en La Bañeza hasta que mi hermana Lina decidió meterte en su casa.

—Mi padre no quiere hablar de aquellos tiempos, dice que cuando sea mayor ya me dirá lo que tenga que decirme y de ahí no lo saco.

—No debes tenérselo en cuenta, es un hombre que ha sufrido mucho y los pasos difíciles no son agradables de recordar. Es lícito que no quiera recordar lo que le duele pero, créeme, tú padre siempre te ha querido con delirio. Cuando viniste a casa acordamos que te cuidaría por poco dinero y,

aunque todos sabemos que por aquí no abundan los jornales, él se las arreglaba para darme los cuartos para que no te faltase de nada.

El mesón de la yaya lindaba con la carretera de Madrid a La Coruña y, junto a la tapia delantera, se alzaban tres negrillos imponentes de no menos de cuatro metros de circunferencia y veinticinco de altura: por esa razón también era conocido como la posada de Los tres árboles.

En otro tiempo dieron alojamiento a los transportistas pero ahora sólo era taberna y fonda. Lo recuerdo siempre concurrido y con parada acostumbrada de camiones cargados de chacinas, de pesca en fresco o salazones, legumbres, cereales en grano y harina cernida, leña, cisco, piedra de carbón y todo tipo de ultramarinos. Frente a las tapias del corral se alineaban los vehículos y en las argollas del cobertizo, libres de atalajes, las caballerías buscaban en la cebadera el impulso para continuar el viaje.

Aquel negocio era cuanto le había quedado a la señora Paulina de su difunto marido y, como ella decía, no es que fuera gran cosa pero bien llevado daba para vivir con desahogo. En el servicio de barra la asistía Etevlino Pozuelo, un criado tan bien dispuesto con los clientes que siempre tenía en la boca un: «Lo que usted mande, señor. Lo que usted mande».

Paulina Cano, de los Cano de La Torre, era una mujer honesta y extremadamente valerosa: una hembra de armas tomar a quien no le temblaba la voz para exigir, revólver en mano, el importe adeudado o para hacer salir de la sala a los alborotadores con el «ruego» de no volver por allí hasta que no recuperasen la cordura. Bajo las postas de su carabina cayeron abatidos lobos, zorros y jabalíes que merodeaban el establecimiento; incluso, se decía, que más de un malhechor tuvo

que correr por la cuerda de aquellos tesos perseguido por los disparos de su mosquetón.

Doña Paulina —que así la llamaba el bueno de Etlvino— era alta y bien formada, de cara áspera, facciones angulosas y unos ojos tan claros que, cuando fijaba la mirada en alguien, producía una sensación de profundo desasosiego. Al pelo de la mesonera habían llegado las primeras nieves pero no a su cuerpo incansable, ni a la determinación que ponía en las actividades diarias.

Antonina era su única debilidad, lo fue desde el primer momento que vio aquella rabuja agarrada a sus faldas haciéndole pucheros. Sus entrañas, secas de tanto esperar, parecieron despertar con el llanto de aquella criatura y se había encelado tanto que jamás permitió la mínima licencia de los parroquianos.

«Su hija se criará como una señorita. ¡Vamos, como que me llamo Paulina Cano!», le había asegurado a su padre.

Alarmados por la historia que le precedía, los ricachones del Valle empezaron a negar el jornal a Atilano de la Huerga y no por su capacidad para ganarse la paga, sino por miedo a que sus ideas fuesen un mal ejemplo para los otros criados. Y cuando se corrió la voz de su pasado libertario en Cataluña, ni siquiera en la pedrera del Sierro quisieron darle un trabajo del que rehuían la mayoría de los obreros.

Finalmente entró a trabajar de liberado en la organización Unión de Campesinos. El lustre que daba la presencia de un activista formado en el sindicalismo del norte, el haber estado en los sucesos del Barranco del Lobo y el verbo vibrante del compañero Atilano, hizo renacer la ilusión de los jornaleros por dejar atrás la miseria en la que se vivía en aquellos pueblos. Pronto orillaron el temor a sindicarse, a reivindicar mejoras

salariales o plantarse ante los amos y exponer con firmeza sus exigencias. Ese fue el punto de no retorno para el forastero que frecuentaba el mesón de la viuda de Anselmo Aparicio, desde entonces ya no fue trigo limpio y pasó a centrar todas las inquinas de los hacendados.

Ajena a ese malestar, ella siempre recordaría con añoranza los años que su padre trabajó en la comarca. Los ratos que pasaron juntos llenaban un vacío al que nunca pudo asomarse el afecto o los desvelos de la yaya: su padre aparecía ante ella como un hombre guapo, poderoso, seguro de sí mismo, un verdadero paladín de la justicia y las libertades.

Se había sentido abandonada tantas veces que llegó a idealizar la visita de los domingos, las excursiones por la pradera de Valdelagunas y Valdabuelo, el misterio que su papá imprimía a la búsqueda de nidos de tórtola o torcaz, los juegos en la planicie de Los Navajos, el acertijo de ver aparecer un convoy por la carretera nacional o el traqueteo de los carromatos que seguían frecuentando la cañada real de Las Fontanicas. Fueron apenas media docena de años, pero guardaba esas imágenes como el verdadero álbum que la familia Huerga nunca tuvo.

Toda la fuerza del ideal masculino la veía reflejada en la figura de su padre que, consciente de ello, se esforzaba por llevar chispa a su mirada e ilusión a sus acciones, pero la realidad era muy distinta. Objetivamente era un hombre físicamente fuerte, pero con el ánimo quebrado por una vida azarosa que no le había dado tregua, sólo el anhelo de ver crecer a su hija le ayudaba a seguir en la brega.

«Mi etapa en la organización de Benavente ha concluido, ahora tengo que ir a otro sitio para ayudar a levantar nuevos comités, pero volveré cada domingo para estar contigo», le había dicho un día.

A los pocos días volvió a tierras de La Bañeza, de Astorga, a los grandes centros mineros del Bierzo... no lo sabía con certeza pero los encuentros se fueron espaciando, los paseos se tornaron más cortos y juiciosos. Ella añoraba el desfado de aquellos esparcimientos más bulliciosos e infantiles pero ahora, invariablemente, remontaban el prado de las Retuertas para bajar por el camino de Carromediano y luego, cogidos de la mano, subían a sentarse en alguno de los linderones que caían en el Alberque. Su padre se mostraba distante y hablaba como queriendo trascender, sin que ella supiesen muy bien lo que trataba de decirle.

Observaban la llegada incesante de mujeres con la talega de ropa fajada en la espalda, o tirando del ramal de la borrica que portaba las carguillas de la ropa sucia. Todas venían por el ejido de La Fuente a lavar sus trapos en el agua tibia de aquel estanque que, a decir del señor maestro, levantaron los moros antes de ser expulsados de estas tierras por los reyes de León.

Con la vista perdida en las revueltas del camino que lleva a Matilla de Arzón, su padre le contó la dureza de su infancia en los pueblos que se asientan junto a las barranqueras que caen del Teleno, la ilusión juvenil en las montañas del camino de Sort a la Vall d'Assua con las violentas aguas del Noguera Pallaresa siempre a la vista, los amores en Llavorsí y las escapadas a Sant Romá de Tabernoles, los peligros y la mala vida en los cuarteles de África, el gentío en las ramblas que bajaban al puerto de Barcelona, la arena rubia de la Barceloneta, las clases de formación en la lucha obrera con los compañeros Oller, Llopis y Vinyoli, los ecos de la revolución bolchevique, el empuje que imprimían las camaradas Farré y Figueres a la organización...

—Y mi madre... ¿Por qué no me habla usted de madre? —
le interrumpía ansiosa por conocer más cosas de sus orígenes.

—Tu madre era una buena persona. Los dos nos quisimos mucho y no me pidas que te hable de ella porque ahora no deseo hacerlo, Antonina.

—Es que nunca lo desea y yo quiero conocer cosas de mi madre, creo que tengo derecho a saber de ella.

—Ea, he dicho que ahora no. Eso y que fuiste la niña más deseada jamás por unos padres es cuanto me pidió que te recordara siempre.

Y seguía, impertérrito, con sus recuerdos de las huelgas que se formaban en las fábricas del cinturón industrial de Barcelona, las caras de pánico de los propietarios al recordarles el delito de abuso y explotación de los obreros, la feroz represión de Miguel Primo de Rivera primero como capitán general y después como Jefe de Gobierno, el activismo de la Lliga Regionalista... Y el regreso apresurado a tierras leonesas, a la convivencia ruin, al atraso secular, a la indignidad de una resignación injusta.

Veía el brillo en la mirada de su padre y se mordía los labios. Presentía que la emoción que asomaba a los ojos de Atilano al hablar de política, no sólo la separaba de ella, sino que era la causa que la había privado de su madre.

—El futuro está en el conocimiento Antonina —continuaba él ajeno a sus pensamientos—. Ahora que has salido de la escuela debes seguir leyendo y aprendiendo todo lo que puedas, es otro de los encargos que me transmitió antes de dejarnos: «Que la niña se eduque bien, Atilano, que aprenda todo lo que sus capacidades le permitan», me decía, con vehemencia, sólo unos días antes de fallecer. ¿Sabes? Tuvimos mucha suerte con la señora Paulina, a su vera no te faltará de nada y te quiere como si fueras la hija que nunca tuvo.

—Ya sé que la yaya me quiere mucho, que me da todo lo que necesito pero ella no es mi madre. La política, las huelgas,

los sindicatos, los obreros... esas cosas de las que habla usted con tanta pasión fueron las que me la quitaron, y no es justo.

—No es así, hija mía, no es así. Los caminos de libertad que soñamos para ti se refieren a la cultura y el arte, una libertad que nadie podrá arrebatarte jamás.

—Yo no quiero esa libertad, quiero ser una niña normal, saber cosas de mi madre, tener una casa y que usted viva conmigo.

—Sé muy bien lo que deseas, pero debes comprender que hay cosas que no puedo darte. Tu padre no sabría atenderte como es necesario y tampoco quiero tomar una mujer que ocupe un sitio en el que siempre estará tu madre, de modo que no insistas en algo que no puede ser. Te decía que la cultura y la libertad nunca fueron buena cosa en estos páramos y menos aún en una mujer, pero no olvides que es lo único que tenemos. Nunca dejes de buscarlas porque esas capacidades de las que me hablaba tu madre no te han de faltar, todos los maestros coinciden en que eres una chica aplicada y muy inteligente.

—Ya, pero es que yo...

—No hay peros, Antonina. Puede que estos aires de tolerancia e igualdad que nos ha traído la República sean sólo un espejismo. Hay fuerzas muy importantes que no se detendrán ante nada en ese empeño por arrastrarnos de nuevo a las oscuridades de la ignorancia.

Escuchaba los monólogos de papá en silencio, pero otras veces le interrumpía para detener su cantinela y hablarle de los conocimientos que la yaya tenía de las hierbas medicinales, de lo bien que lo pasaba cocinando pócimas o llenando los saquitos de flores y hojas secas, de los progresos que hacía con el señor maestro que venía al mesón para reforzar mis conocimientos de matemáticas y literatura.

—Don Sebastián es buen maestro y mejor persona, aprende todo lo deprisa que puedas porque esas lecciones no durarán siempre.

—Don Chano le dijo a la tía que tengo gran facilidad para aprender. Ella le contestó que no le importaría gastarse los cuartos para que haga la enseñanza secundaria en un colegio de monjas de la capital. Si usted quiere, claro.

—La señora Paulina desea lo mejor para ti, pero quizás eso no pueda ser Antonina... Bueno, ya veremos a ver.

—La gente que entra a comer en la taberna olvida libros y muchas hojas volanderas; la mayoría son cancioneros pero en algunos pasquines se dicen cosas muy malas del gobierno, de los terratenientes, de los ricos o de los militares. Se los enseño al señor maestro y siempre me dice que los lea, pero que no les haga caso y piense por mí misma. También olvidan folletines y novelas de *El coyote* o *El guerrero del antifaz* y, como no me gustan, las guardo en el altillo porque me da aquella cosa tirar los libros.

—Muy bien, debes hacer lo que diga el maestro y hablar poco con la gente de afuera.

—La tía conoce todas las plantas de remediar que se crían en estos campos y algunas mañanas, cuando no hay apuro, dejamos solo a Etelvino y salimos a recoger hierbas. Ella me enseña a distinguirlos, cuándo y cómo se tienen que cortar, los beneficios y los peligros que encierran cada uno... Es muy divertido, padre, creo que me estoy aficionando a la botánica.

—Recuerdo que en las montañas del pirineo también le tenían mucha fe a esos remedios naturales. Había unas mujeres, las *trementinaires* las llamaban, que iban vendiendo hierbas medicinales por los pueblos y así se ganaban la vida. Lo de la señora Paulina le viene de familia porque dicen que su madre

y Pepa *la Bella*, de la villa de Pobladura, dominaban a la perfección el arte y los conocimientos para elaborar todo tipo de remedios caseros.

—Hace poco mandó cerrar con adobes uno de los portales de la parte de atrás y levantó un humero de leña en la esquina. Ahora destina aquel espacio a secadero y es muy curioso, porque el verde de los hatijos de plantas cuelga junto a los chorizos, los botillos, las piezas de cecina o los jamones que nos traen de Astorga.

—Me gusta verte ilusionada, Antonina, y saber que no sólo te haces mayor, sino que aprendes muchas cosas.

—Son cosas interesantes que me sacan de la rutina de un sitio tan aburrido como este. Tendrías que ver cómo distingue las matas desde lejos y la seguridad que tiene para tomar sólo lo que es útil. El otro día salimos en busca de unos cardos que llaman *letas*, dice que es el famoso cardo corredor porque el viento lo lleva rodando sin ninguna dificultad. La yaya las destronca con cuidado de no dañar la raíz porque de ahí salen unas setas deliciosas con las primeras lluvias. Ahora sólo les corta la parte más tierna, llenamos dos taleguillas de mimbre en un rato.

—Ningún saber está demás. Si te gusta la botánica, aprende lo que pueda enseñarte que nunca se sabe.

—Resulta difícil retener tanta información, pero la apunto en un cuaderno para tenerla guardada o estudiarla después. Ella dice que lo que cuesta trabajo, se estima más y se olvida menos.

—Digo que está bien eso de cursar la secundaria en la capital, pero quiero que me escuches —dijo papá muy serio—. Antes de llegar a las riberas del Órbigo y del Esla, tu madre y yo pasamos muchas contrariedades. Ella se dio cuenta de que

yo no consentía las injusticias y también de los peligros que ese temperamento me traería, por eso me hizo comprender que debía prepararme mejor si quería ser útil y defenderme en la jungla que era entonces Barcelona. Siempre me decía que el riesgo acecha desde las dos orillas, en referencia a los patronos, pero también a que, desde las propias filas, se encomienda misiones imposibles a los más incautos que terminan como carne de cañón.

—Nunca me había hablado usted así de mi mamá. Tampoco de quién era realmente, de si tengo allí otra familia que no conozco, de por qué se vinieron a León con esas prisas.

—Ya te dije que tu madre era una gran mujer y muy guapa. Se enamoró de mí —decía—, con el sosiego y la quietud de las aguas de una laguna, ¿no es bonito, hija mía? En ellas quería construir su embarcadero personal y trazar una raya imaginaria que protegiese nuestro paraíso de amor de la dureza de las relaciones con los comités, las negociaciones a cara de perro y de las responsabilidades que ella tenía en el partido. Yo era la envidia de todos los hombres que andaban a su alrededor, pero jamás tuve que disputarle nada a nadie porque ella solita se bastaba para encararse con cualquiera que pretendiese molestarla como mujer. Tu padre se sentía el hombre más importante del mundo y el más feliz de los mortales al lado de aquella heroína de la libertad. Yo no era nadie en los círculos en los que se desenvolvía, pero ella me sentó a su lado y miró desafiante a su alrededor como queriendo advertir de que mi presencia allí era cosa decidida.

—Qué bonito eso que dices, papá, y...

—Te estás haciendo mayor y has de saber que hay heridas que nunca se curan. Uno convive con ellas, incluso puede que se sienta más vivo con su dolor, pero no quiere abrirlas para que

drenen, porque con la sangraza y los puses se escaparían los recuerdos y sentimientos que te sostienen. Sin ese bagaje personal no somos nadie y acabaríamos derrumbándonos como un castillo hecho con papel de estraza que se humedece. Desde que enterré a tu madre no he vuelto a pronunciar su nombre y no volveré hacerlo, aunque la recuerdo cada día y en todas las decisiones que considero importantes. Así me lo pidió cuando, acosada por las fiebres, murmuró que cuidase de ti y que recordase que, a los efectos, sólo existía el presente y el futuro contigo, que no deseaba que conocieses de ella más allá de estas cuatro cosas que entendía esenciales para ti: que había vivido como deseó, que había sido muy feliz junto a tu padre, que siempre te considerases una hija muy querida y que te educase lo mejor que se pudiese pero siempre en la libertad, la sensibilidad con la belleza y en la solidaridad. Por eso, hija mía, no puedo menos que resistirme a que ingreses en ese colegio monjas.

—Por eso no se preocupe usted. Ya está decidido, no iré al colegio religioso que dice la yaya, ya buscaré una buena excusa. Hay otras maneras de continuar los estudios, si algo bueno nos ha traído la República es eso, ¿no dice la propaganda que la educación laica es el objetivo número uno del país?

—Claro, claro. Quizás ese edificio que andamos construyendo no tenga unos cimientos tan sólidos como algunos creen. Con el peso de tantos derechos y libertades se nos tambalea demasiado y demasiadas veces, Antonina. Si no la cuidamos morirá de éxito y, llegado el caso, se quedará sin ciudadanos dispuestos a defenderla.

—A la gente que viene al mesón, se le calienta el pico cuando bebe dos vasos y empieza a vociferar contra el gobierno. Dice yaya Paulina que les prometieron montes y morenas, que por eso lo quieren todo junto y ahora.

—Algo de eso hay. Los políticos, en lugar de hablar claro, caen en la tentación de buscar cabezas ajenas en las que golpear: monjas, predicadores exaltados, obispos, adversarios políticos, monárquicos... pero no te preocupes que ya lo arreglará quien tiene que arreglarlo. Decía que una tarde habíamos bajado al centro y, dando un paseo, fuimos a sentarnos en una heladería muy famosa que está en la rambla del puerto: tu madre se había vestido con ropas elegantes y estaba muy guapa, pero yo la veía tensa y más seria de lo habitual. La actividad era frenética en aquellas dársenas, el fuerte olor de las factorías se mezclaba con las voces de los estibadores y el estridente aviso de los vapores. Todo parecía sonreírnos en la vida y yo era muy feliz, después remontamos la rambla para entrar en las callejuelas de un barrio muy antiguo que se apiña en la trasera de la catedral, porque quería invitarme a cenar en aquel ambiente selecto. Aquella noche nos quedaríamos a dormir en casa de unos amigos que vivían por allí.

—Algún día yo también iré a Barcelona y recordaré, en aquellas calles, todas las cosas que usted me cuenta, padre.

—En una fonda, casi contigua al palacio de la Generalitat de Cataluña, me dijo que era preciso abandonar la ciudad y quizás el país. Yo me quedé sin saber qué decir y aunque se negó en redondo a dar explicaciones más concretas, entendí que tu embarazo no era la causa, sino cuestiones de otra naturaleza. Esa noche, tendidos el uno junto al otro, a la luz tenue de una lámpara de lágrimas de vidrio decidimos el regreso a León y... bueno, a grandes rasgos, ya sabes el resto, Antonina.

—Mamá debió de ser una mujer importante a la que no le salieron bien las cosas... bueno, por lo menos te encontró a ti.

—No quiero que idealices su recuerdo. En aquel momento no pensábamos así pero ahora, creo que ninguna idea o

lucha se merece un sufrimiento tan grande como el que soportamos tu madre y yo. ¡Claro que la notoriedad política de tu madre condicionó nuestra partida! Pero recuerda siempre que su único afán, cuando se vio a las puertas de una muerte segura, fue que su hija la considerase una mujer culta, sensible y, ante todo, una madre emocionada con la mejor de sus obras que era su niña. No murió por complicaciones del parto como dice la señora Paulina, ocurrió unos meses después y fue a causa de la tuberculosis. No pudo asimilar un cambio tan radical en nuestro modo de vida y esa cruel enfermedad, mortal hasta hace pocos años, se la llevó para siempre. La mala alimentación, un trabajo duro para el que no estaba acostumbrada, la carencia de la higiene más elemental y... aunque gastamos hasta el último céntimo del dinero que habíamos traído para empezar una nueva vida, no se pudo evitar que aquellas fiebres miliares acabasen con la vida de la mujer más extraordinaria que he conocido. ¡Ni siquiera pude evitar que la enterrasen en una fosa común! —había dicho con los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias padre por hablarme de esto. Sé que te hace daño recordar, pero me da mucha paz conocer estas cuatro cosas.

—Estas cuatro cosas, como tú dices, es lo más importante hija mía. Así lo entendió ella y así lo he llegado a entender yo también. Además, ¿de qué ha de servirte saber que en los años previos a nuestra venida se sucedieron unos gobiernos incapaces que encendieron la calle, radicalizaron las ideas y pusieron a pelear a todos los sectores sociales? ¿De qué ha de servirte saber que Romanones, García Prieto, Eduardo Dato o el mismo Antonio Maura, resultasen un fraude de políticos y fueran sobrepasados por los acontecimientos de su tiempo? No te sirve absolutamente de nada. El socialismo se veía inca-

paz de frenar, como ahora mismo está ocurriendo, la presión de los anarquistas y por esa razón muchos militantes se marcharon para levantar la casa comunista con la ayuda y el espejo de Rusia. Cataluña era un ejemplo para toda España, pero los movimientos ciudadanos empezaron a tener vida propia y parecía difícil que alguien pudiese controlar su deriva... Ya no sirve de nada que te diga que tu madre tenía razón y que, fuesen cual fuesen sus fuentes de información, al poco tiempo de instalarnos al abrigo de las sotanas y los militares de Astorga, el ejército volvió a salir a la calle con instrucciones precisas. Empezaron a llegar noticias de redadas masivas en toda Cataluña, detenciones de los líderes de la CNT, persecuciones durísimas a militantes del partido comunista recién creado, y un acoso implacable a los nacionalistas de la derecha o de la izquierda. Las milicias de Miguel Primo de Rivera se vieron con carta blanca para cortar de raíz aquella primavera de libertades y las primeras víctimas fueron la *Constitución*, el parlamentarismo, los ideales regionalistas y, cómo no, volvieron a entronizar la fe católica a golpes de crucifijo. Entrar en el detalle de ese conocimiento no te reportará nada, Antonina, ese ya no será tu mundo. El empeño de tu madre por alejarse de aquel torbellino, además de salvar nuestra vida, buscaba protegerte a ti y ese objetivo era más importante que todo lo demás. Pero no vayas a creer que fue temor, ella era una persona muy valiente que jamás se arrugaba ante las dificultades; además, como excelente estratega que era, sabía que aquello sería un sacrificio inútil: «Aún no ha llegado el momento, Atilano, y esta primera batalla está perdida de antemano», me dijo en una ocasión.

—No sirve de nada, como usted dice, pero me regocija saber que detrás de mí hay alguien de carne y hueso que se

preocupó por su hija. Quizás la mía no fuese como las demás madres, pero tener la seguridad de que fui una niña querida o que fue la enfermedad quien se la llevó calma muchos devaneos. Dicen que hay millones de huérfanos en este país, pero eso no nos quita el derecho a saber de los padres.

—Como te decía, Cataluña era una avanzadilla en todo tipo de reivindicaciones, algunos creyeron que la violencia era parte de la solución y otros pensaban que les iría mejor con la exaltación del nacionalismo o la independencia efectiva de España. En aquel caos permanente, el capitán general de la región se convirtió en el paladín del orden que esperaba la burguesía, la Iglesia Católica, y mucha gente común que estaba harta de la corrupción política, de los excesos de la clase obrera y de la inseguridad en la que se vivía. Por eso el golpe militar de septiembre del veintitrés triunfó en todo el país, como quien dice, sin pegar un tiro y con el visto bueno de Alfonso XIII. Un rey felón con su país que buscaba copiar el modelo de Estado protector que empezaba a extenderse por otras naciones.

—¿Qué significa eso de felón, padre?

—Quiere decir que es una persona falsa, que no cumple su palabra y hace traición a su pueblo, un gobernante indigno en el que la gente deja de confiar. Al principio se habló de un paréntesis breve, pero tu madre siempre supo que no sería así y pronto se vio que tenía razón. Desde el entorno del dictador se creó un partido de apoyo y se empezaron a decretar medidas, para contentar al resto de España, que suponían una provocación cuando no una ofensa para Cataluña. Se prohibió predicar en catalán, el baile de la sardana, izar la señera en los balcones, tocar o escuchar *El Segadors*, se suprimieron instituciones muy queridas en aquella tierra... La poderosa burguesía catalana sintió aquella política como un agravio y cualquier

decisión que viniese de Madrid, fuese cual fuese, se convertía en más combustible para la hoguera que habían encendido los nacionalistas de la Liga. La represión se hizo tan dura que no era preciso tener evidencias ni hacer averiguaciones, una simple sospecha era motivo suficiente para que te encerrasen, y lo peor estaba por llegar. Yo no entendía aquel proceder absurdo porque ningún gobierno puede suprimir sentimientos por decreto-ley como trató de hacer este militar jerezano. Por cierto, aquel general era el padre de este tontaina que los falangistas llaman *El Jefe*, que si no fuera por cabezas más preclaras como Manuel Alfaro, Sánchez Mazas, Eugenio Montes, Raimundo Fernández Cuesta o el propio Manuel Hedilla... lo cierto es que el gobierno de Primo de Rivera aplastó sin contemplaciones a quienes aspiraban a proclamar la República Catalana. Un poco antes, pero en ese clima de crispación y contigo en camino, tu madre decidió poner tierra de por medio.

—Yo no quería que te lastimaras recordando esas cosas que tanto te duelen, sólo quería saber cosas de mi madre.

—Sé de sobra lo que quieres pero no es fácil explicar una vida con palabras, las personas no son como una cesta que la pones aquí o allá. Cuando abandonamos la casa en la que vivíamos de renta, tu madre era consciente de que estaban deteniendo a centenares de sindicalistas por toda Cataluña. «Y se sabía —me diría después— que algunos ni siquiera llegaban a la prisión de Montjuic porque eran tiroteados por el camino». La militancia más radicalizada había dejado las empresas para luchar en la calle y a la represión de la guardia urbana se respondía con las armas. Por aquel entonces la resistencia catalana mantenía contactos con el anarquismo internacional, especialmente con los movimientos portugueses e italianos, lo que llevo a pensar en acciones de mayores vuelos, como

el alocado intento de asesinar a Mussolini o al propio rey de España. La clandestinidad que impuso la dictadura no frenó a los colectivos más beligerantes, y menos aún a los anarquistas catalanes que se fusionaron en la Federación Ibérica en el año veintisiete con la idea de intensificar su lucha.

—¿Y mi madre estaba metida en esas barbaridades?

—Ella hablaba poco de las cosas de trabajo, pero formaba parte del grupo de coordinación del movimiento anarquista de Barcelona. Te decía que lo peor vino después y ella ya no quiso saber nada con el Estat Catalá, la Acció Catalana o el empeño de Maciá de invadir Cataluña y proclamar la República. Al bajar conmigo a la Meseta, rompimos totalmente con aquella vida.

—No debió de ser fácil para ella separarse de algo que... pero supongo que en las tierras de León y de Castilla también habría gente de aquellas mismas ideas.

—Perdona por hablarte de algo que es mejor olvidar. Me he dejado llevar por la añoranza del frenesí de aquellos años. Estoy seguro de que tú madre jamás hizo daño a nadie, pero eran tiempos muy revueltos de los que, insisto, es mejor que no sepas nada. Personajes como Daniel Cardona, Nicolau d'Oliwer, Rovira, Peiró, Ángel Pestaña, Buenaventura Durruti, Seguí, Ascaso o Gregorio Jover ya tenían entonces mucha ascendencia. Ella se relacionaba con alguno de ellos, pero has de saber que la gente tiene una historia personal, buena o mala, pero son las circunstancias quienes dibujan la percepción que se tiene de ellas y no siempre se ajusta a la realidad. Bueno... digo que no necesitas saber nada de aquello, Antonina, justamente por eso. Tu madre tomó la decisión de sacrificar su activismo, ¡y bien caro que lo pagó! Ni siquiera se permitió contactar con la federación anarquista de Castilla,

que era muy poderosa y nos hubiese podido ayudar. ¡Aquella mujer, cuando estaba convencida de algo, jamás daba su brazo a torcer!

—No me gusta verle triste, y si no quiere hablar de ella no lo haga, que ya me lo contará otro día.

—Está bien, está bien. En realidad no hay mucho más que deba contar. Si te parece seguimos el paseo por el camino de Villapere y volvemos al mesón por el ejido de Padadinos, que así estiro un poco las piernas. A estas horas quizás veamos movimiento de bichos en los alrededores de las lagunas, y hasta puede que nos topemos con alguna perdiz llevando la pollada al bebedero.